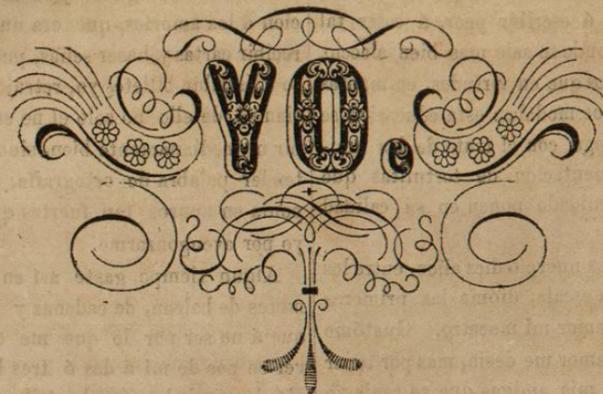




Lito de Salazar

J. R. NAVARRO, Editor.



POR CAMILA.

HE oído decir á individuos del otro sexo, y tambien he leído en algun libro, que en vez de nombrar el autor mismo de una historia á los personajes de ella, debe mejor valerse del artificio de darlos á saber por medio del diálogo, poniendo los nombres en boca de los interlocutores.

No sé yo bien á bien si me sería fácil ó trabajoso hacer de suerte que aun siendo yo misma, como soy, quien relata de sí propia, dijese por boca de otro cómo me llamo; pero tengo miedo de entrarme en honduras, y el benévolo lector me disculpará de que eche á un lado el artificio de que arriba hablo, siquiera por consideracion á mi sexo y ser novicia en la materia.

Nací en la preciosa Méjico, capital de la hoy confederacion mejicana, ahora veinticinco años. Fuí bautizada en la majestuosa, aunque tal cual oscura y desaseada catedral, y pusieronme mis padrinos el nombre de *María* (por uso comun y constante observado con toda hembra racional), *Guadalupe* (por devocion especial de mi madrina), *Canuta* (por devocion especial de mi padrino), *Merced* (por devocion de

la comadre), *Genara* (por eleccion de mi abuela), *Petra* (por el santo de mi abuelo), *Francisca* (por el gusto de mi madre), *Antonia* (por eleccion de mi padre), y Encarnacion (por el dia en que nací). Ahora, en cuanto á mi apellido, perdone el lector que le calle, y en cuanto á las circunstancias de mis padres, déjeseme pasarlo en blanco.

De vuelta de la iglesia, aconteció que acariciándome todos en casa y alabándome mi hermosura y admirando cuánto me parecia yo á mi padre y á mi madre, á mi tio y á mi tia, á mi abuelo y á mi abuela, llamábame uno *Guadalupita*, otro *Antoñita*, quien *Genarita*, quien *Panchita*, esta *Mercedita*, aquella *Canutita*, etc., lo cual suscitó una disputa sobre el nombre que se me quedaria, y quién sabe en lo que hubiera ido á parar si mi madre no la hubiera cortado declarando que mi nombre habia de ser *Encarnacion*; eligiendo así el del santo del dia en que nací para no agraviar á nadie.

Paso en silencio mi niñez; pues cosa sabida es que á los cinco ó seis años mandan á una á la amiga, donde se aprende,

después de cuatro ó mas años de estudio, á leer mal, á escribir peor, á coser tal cual, y de donde se sale mas bien aleccionada en vicios que en virtudes, en manías que en buenos modales: esta educacion se completa luego con el trato de las amiguitas, frecuentacion de tertulitas que maldito el cuidado ponen en su calidad los padres.

Allá por los nueve ó diez años, entre los gorjeos de la escala, dióme las primeras lecciones de amor mi maestro. Gustóme lo que sobre amor me decia, mas por tener que contar á mis amigas que ya tenia yo novio, que por el efecto que en mi corazon hicieran los amorosos conceptos. Yo no sabia ver en aquello sino la imitacion en parte y mas á lo vivo de los juegos de *mariditos*. Desgraciadamente mi ufanía por tener novio me hizo tener poca reserva, y de contarle á todas mis amigas resultó que llegara á saberse hasta en mi casa, y mis padres, no juzgando conveniente pasarlo, despidieron al maestro.

Cuánto sentí este suceso, díganlo por mí todas las muchachas que de la noche á la mañana se quedan sin novio; bien que yo nunca estuve enamorada de él, podía siempre mucho no tener ya qué contar á mis amigas, y luego, ¿creerán ustedes que yo extrañaba la falta de sus chicos?

Pronto me consolé de la falta de novio, pues me ocurrió la idea de que siendo yo preciosa, como tantas veces me lo dijo el maestro y antes de él mis padres, y sabiendo tambien por boca de mi maestro que las preciosas engendraban amor, no podía pasar mucho tiempo sin tener quien me enamorara.

¡Vana esperanza! por mas que de mi parte puse, hube de quedarme sin llamar la atencion de nadie hasta los once ó doce años. Entences se hizo la mia. Y

volví con tales ganas y le cobré tal aficion á los amoríos, que era un incesante recibir cartas y hacer señas, pues en cuanto á escribir billetes yo, retrájome mucho tiempo de ello no solo el no saber escribir ni medianamente bien, sino el no entender palabra de ortografía, lo cual me ponía en apuros tan fuertes que acababa yo por avengonzarme.

Algun tiempo gasté así en tontos amores de balcon, de cadenas y de bailes, que á no ser por lo que me divertía el ver en pos de mí á dos ó tres babosos, al pié de mis balcones, al estribo de mi coche, junto á mí en la iglesia, enfrente de mí en el teatro, me habria seguramente fastidiado, en lugar de haberme llegado á persuadir, que fué lo que sucedió, que aquella vida de disipacion era la mas amena y la que debía yo seguir.

II.

—¡Niña, por Dios! Hace rato que te estoy hablando y no me respondes ni una palabra. Estás ahí como embobada. ¿En qué estás pensando, Nunche?

Así me hablaba un dia... miento, una noche una de mis amigas, Andrea, estando yo de visita en su casa.

—Nada, niña, respondí yo, sin atender bien á bien á lo que decia. ¿En qué quieres que esté pensando?

—¡Jesús, mujer! estás lela con Juanito! Como no ha venido, estarás disgustada....

—No, Andrea; ¡por vida tuya que no!

—¡Vaya que no!

Y diciendo así me dió Andrea un golpecito en el hombro.

—En todo caso, ahí está Chanito, repuse, que está que se mata, ¡míralo! porque le dé yo siquiera una mirada, y que no perdonaria diligencia por divertirme.

En efecto, Chanito estaba allí, no muy

léjos de nosotros, desviviéndose porque yo "me dignara hacerlo el mas feliz de los mortales," como nos dicen los hombres cuando andan de pretendientes, "con una sola mirada de mis divinos ojos." Este Chanito no era mal parecido, pero una cicatriz que tenia en la frente me habia servido de pretexto á mí misma para hacerme con él dengosa, de tal suerte, que llevando ya un mes de rondarme, no habia conseguido de mí mas que, segun él decia, buenas apariencias; ilusion con que se halagan los hombres siempre que no les ponemos cara de judío, aunque estesmos determinadas á no hacerles caso en los dias de la vida.

Al hablar yo de él con Andrea, le dirigí la vista, no tanto para designárselo á ella como para convencerla de lo que le decia yo.

Y de hecho, apenas puse en él los ojos, cuando se le alegraron sobremanera los suyos y comenzó á hacer piruetas y necedades que nos movieron á risa, tomando él mi burla por amable sonrisa sin duda, pues en lugar de correrse llegóse luego á mí y me pidió lo primero que se tocara.

¡Maquinalmente, involuntariamente le dije que sí!

Si vale decir verdad, yo no sabia aquella noche lo que me pasaba. Con razon habia dicho Andrea que yo estaba embobada, pero no habia dado con la persona que así me tenia. Esta persona, que no describo aquí por razones poderosas, á tiempo que empezaban á tocar un vals, me acuerdo muy bien, se acercó á mí y me pidió que lo bailara con él.

Tratamudé yo, instó él, me paré dándole la mano que se me habia puesto helada como los labios, y sin advertir siquiera lo que hacia, ni el compromiso que tenia pendiente ni nada.... A esto se presentó el otro, Chanito, con una cara....

—¡Esta pieza está dada! exclamó. Señorita, prosiguió dirigiéndose á mí con temblona voz, ¿no se acuerda usted?...

—Ustedes dispensen, señores, dijo yo, voy á calzarme un zapato.

No tuve mas arbitrio que recurrir á este pretexto para escaparme un momento y ver de serenarme y fraguar la manera de no bailar con Chanito y sí con Teodoro.

—¡Lo que iba yo á hacer! dije volviendo adonde estaban aquellos. Andreita, prosigui dirigiéndome á Chanito, Andreita dice que está comprometida con usted.

—¡Cómo! brincó él.

—Ahorremos disputas, dijo Teodoro con alegre sonrisa; yo iré á suplir por usted, y creo que en ello nos presentamos los dos un servicio.

Fuése diciendo esto Teodoro; dejándonos á Chanito en sus glorias, y á mí..... figúrenselo mis compañeras.

Durante el vals, mas de una vez conocí que quiso hablarme de su amor Chanito; pero no tuvo valor el pobre, y bien hizo, pues yo no estaba para el paso.

No hallándose con ánimo para hablarme, noté que trataba de darme un papel.

—¡Ya me cause! dijele antes de darle tiempo de que llevara á efecto lo que intentaba.

Y me paré, un poco desviada de él, en medio de la sala.

Llévome á mi asiento. No le ví la cara, pero supongo que la tendria muy desconsolada, á pesar de aquello de *las buenas apariencias*.

Después del vals siguieron quién sabe cuantas otras cosas. A cada nueva pieza contaba yo con que me sacara Teodoro, reservándome yo, á pretexto de cansancio, para cuando él me pidiera. Chanito no bailaba con nadie.

Por fin, ví venir á Teodoro hacia mí...

¡Cómo me brincó el corazón!

—Ahora sí viene á pedirme, díjeme; y ahora no he de querer.

Sentóse á mi lado, hablóme cosas bien dichas, pero indiferentes. Yo, por mi parte, le recibí al pronto con fingido desden, de lo que manifestó no hacer caso, luego con agrado, con mas y mas agrado, que tampoco le hizo mella. Y el demonio del hombre se retiró como habia venido, sin pedirme la pieza siguiente, á mí que se la hubiera concedido con toda mi vida.

—¡Maldito sea ese chocante tonto! exclamé para mis adentros. Y sentí para con él un desprecio soberano.

—Ya estará usted descansada, señorita, díjome Chanito llegándose á mí luego que acababa de irse Teodoro.

—Sí, contestéle reprimiendo mi mal humor y asomando á mis labios una de aquellas sonrisas que sabemos hacen profunda impresion en el alma de un enamorado.

Me paré al punto, bailé con él y en un encuentro que tuve con Teodoro que tambien estaba bailando, recibí un billete de mi compañero, en desquite de las chanzas que oí gastar á Teodoro con la suya...

III.

Pasóse un mes: durante este mes, visité casi todos los dias á Andrea y á todas las amigas en cuya casa podia yo encontrar á Teodoro, mostrándome las ocasiones que solia encontrarme con él, unas veces afable hasta la coquetería, otras adusta hasta la mala crianza.

—¡Este infame hombre, díjeme al fin, es un animal! ¡Buena tonta soy yo en estarle apurando!...

Y con esto, y sabiendo que él no tenia muy buen concepto de mí le mandé nora-mala.

No volví á pensar en él. Cuando solia acordarme de él me daba disgusto; habia

llegado á hacerseme completamente anti-pático.

Me dediqué á divertirme con Chanito: era una ovejita, que se enojaba de cuando en cuando porque yo solia tener mis otros amorcitos, pero que siempre me contentaba; que me tenia miedo, vergüenza; que me obedecia como un esclavo; que sufría el sol y el agua por solo verme; que temblaba cuando me encontrada en alguna parte....

Un dia, como al año, pasó por mi casa, ¿adivínese quién?... ¡Teodoro!

Se cuenta que la primera pasion no se apaga nunca. No sé si seria esta la primera pasion mia, pero yo no conservaba de ella ni pizca.

Miróme y saludóme él. Yo apenas lo ví y le volví la espalda. ¡Me chocaba tanto!

Mis amores con Chanito iban famosamente; pues no me quitaban ni el gusto ni la libertad de entretenerme con otros que de cuando en cuando se presentaban, conservando, eso sí, los que con él tenia, porque ofrecian la conveniencia de ser constantes á toda prueba: era como quien dice el abonado. Además no habia ninguna esperanza en aquello, pues ni por pensamiento le ocurría á Chanito hablar de casorio, pero tampoco habia ningun riesgo, pues yo lo dominaba y él era muy tímido. Después he reflexionado en que esta clase de amoríos serian los mejores para nosotras, como los menos peligrosos, si no fueran tan insípidos á la larga y tan sin objeto.

IV.

Habia tertulias en casa de Andrea, mi íntima.

Iba siempre allí el consabido; tambien iba una vez que otra Teodoro, y otro, otro pobre diablo, segunda parte de Chanito, mas encogido todavía que Chanito.

—Oye, Nunche, me decia con mucha formalidad una prima de Andrea (Carlota se llamaba), una ocasion; Pepito es mi novio: te lo aviso para que lo sepas y que no vaya á suceder una diablura.

—No, no te dé cuidado, contestéle riéndome.

—¡Es que tú eres el diablo! ¿De qué te ries?

—De nada, niña.

—No, no, ¡dime de qué te ries!

—Pues ¿sabes de qué?... De que tu novio tiene cara de acontecido, nunca se rie, nunca habla.... ¿Cómo te ha enamorado?

—¿Cómo?... ¡Ahora verás! Ahora noches, estábamos jugando á la lotería y advertí que se me inclinaba.

—Y no mas por eso....

—¡Oh! y otras cosas que no te cuento.

Quién sabe cuales serian esas otras cosas, pero lo que yo sé es que en las cadenas de catedral, después de haber tratado de llamarme la atencion con tímidas ojeadas, Pepito me habia dado una noche una cartita, que con el miedo y la torpeza de él se habia quedado tirada en el suelo; y esto era lo que me habia hecho reir de la cándida Carlota.

No me disgustaba el nuevo pretendiente. Muy á la inversa le tenia yo cierta inclinacioncilla que me disponia á corresponderle. Si Andrea hubiera querido, aquella misma noche se hubiera desengañado. Con todo, quién quitaba que él, á pesar de su cortedad nos enamorara á las dos? No seria el primero.

Traté de sacar en limpio lo que habia. ¡Cuánto trabajo me costó componer las cosas de suerte que el miedosísimo enamorado me diera lugar á corresponderle! Pero al fin lo conseguí, y entonces ya no pude dudar de que á mí únicamente era á quien habia dirigido siempre sus suspiros, aunque la engañosa aficion de que se ha-

bia creído Carlota no habia sido mas que un tonto cálculo de él para ganar mi voluntad, pensando interesar á la prima de Andrea.

V.

No sé si mis padres sabrian mis amoríos. Creo que no podian menos de saberlo, pero no se metian en impedírmelos ni molestarme porque sus mercedes pensaban que nada se perdía con ello, mientras las cosas pasaran léjos. Aun creian que así adquiria yo experiencia.

Entre tanto, empecé á echar de ver que Teodoro daba muestras como de pretenderme. Sin embargo, ¿piensan ustedes que me seguia por todas partes, como es uso entre la generalidad de los que nos cortejan? No. Solo que siempre que se encontraba conmigo, al parecer por casualidad siempre, clavaba en mí los ojos con indiferencia, al principio, y con mas y mas expresion poco á poco, hasta llegar al extremo de tener yo, atrevida como era, que proponerme no dirigirme nunca la vista. A mas de esto, dejó de ser tan galante como antes con las demás mujeres cuando estaba yo presente, y si les decia flores era dirigiéndome á mí disimuladas y amorosas miradas que yo veia con el rabo del ojo.

Unos quince años tendria yo por aquel tiempo.

Mucho me repugnaba Teodoro. Cuando advertí que me pretendia me alegré por ver que él mismo iba á proporcionarme el gusto de desquitarme de lo que en otros tiempos me habia hecho; de suerte, que habiendo yo pensado retirarme de las partes donde podia encontrarme con él, después cambié de parecer, proponiéndome buscar la ocasion de chasquearlo.

Llegó un dia de mi santo. Nunca, me acuerdo como si hoy fuera, me he levantado de tan buen humor. Díjeme: